

## PREFACIO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Aunque para entonces ya había publicado dos sólidas obras de investigación y de síntesis<sup>1</sup>, Dominique Barthélemy irrumpió con fuerza en el medievalismo en 1992. En ese año publicó en la revista *Annales ESC* una nota crítica («La mutation féodale a-t-elle eu lieu?») a propósito de la segunda edición del libro de Jean-Pierre Poly y Eric Bournazel, *La mutation féodale, X<sup>e</sup>-XII<sup>e</sup> siècle*<sup>2</sup>. En cierto modo, este breve texto encendió la chispa del debate sobre la naturaleza de los cambios sociales que tuvieron lugar en el año mil. Frente a los «mutacionistas» —alineados tras la bandera de la *revolución feudal*—, él defendía allí la tesis de los ajustes decisivos. Este debate ha centrado, en la década de los noventa del siglo pasado, muchas atenciones en Francia y fuera de ella. En España, la ya desaparecida revista *Historiar* publicó un interesante *dossier* sobre dicho tema, en el cual puede encontrar el lector menos avisado una buena puesta al día del mismo. Pero también puede introducirse en él a través de las páginas del libro colectivo que la Fundación de Investigaciones Marxistas editó

1. La obra de investigación, *Les deux âges de la seigneurie banale. Pouvoir et société dans la terre des sires de Coucy (milieu XI<sup>e</sup>-milieu XIII<sup>e</sup> siècle)*, París, Publications de la Sorbonne, 1984 (2.<sup>a</sup> ed. 2000), está prologada por Pierre Toubert, quien lanza casi una premonición cuando concluye que, «con toda seguridad, el lector no estará quizás siempre de acuerdo con Barthélemy, y ello es bueno para el placer de la discusión». La obra de síntesis es una preciosa, condensada y muy bien estructurada aportación a la «Nouvelle histoire de la France médiévale» (*L'ordre seigneurial, XI<sup>e</sup>-XII<sup>e</sup> siècle*, París, Seuil, 1991), la cual, como él mismo ha confesado después, está muy próxima al «mutacionismo» ambiente que reinaba durante su redacción en los años 1987-1988.

2. Existe una traducción española de la primera edición de 1981: *El cambio feudal (siglos X a XII)*, Barcelona, Labor, 1983.

en 1998 y en el que nuestro autor participó con una muy interesante aportación<sup>3</sup>.

Además de éste, los lectores españoles han podido acceder a otros dos trabajos traducidos de Dominique Barthélemy. Me refiero, en primer lugar, a las páginas que, sobre «Parentesco» y «Las instituciones del espacio privado», escribió para el segundo tomo de la *Historia de la vida privada*<sup>4</sup>, ¡y donde el editor, y/o el traductor, cometieron el error de presentarlo, en la solapa de la sobrecubierta y en la portada, como «profesora» de la Universidad de París IV! Y en segundo lugar, a la redacción de la voz «Señorío» para el *Diccionario razonado del Occidente medieval*<sup>5</sup>. Si los dos primeros trabajos todavía eran deudores de su postura «mutacionista» —que abandonó en su tesis doctoral de Estado<sup>6</sup>—, este último está construido sobre una de las ideas fuerza que hoy conforman su pensamiento: «los paradigmas que sostienen el conocimiento histórico pueden también tergiversarlo», y eso es lo que ocurre con el

paradigma que difunde la idea de un periodo feudal entregado completamente a los señores castellanos independientes y, en consecuencia, a la violencia social

de modo que «el año mil es el año cero de Francia, el momento en que la Iglesia y los reyes trabajan para liberarla de todos sus males»<sup>7</sup>.

3. Dominique Barthélemy, «¿Revolución o mutación feudal? Una crítica», en Carlos Estepa y Domingo Plácido (coords.) y Juan Trías Vejarano (ed.), *Transiciones en la Antigüedad y feudalismo*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM), 1998, págs. 117-129. Otros ponentes que intervinieron en aquel seminario, celebrado en la sede de la FIM entre noviembre de 1995 y mayo de 1996, fueron, además de los coordinadores, José Fernández Ubiña, John Haldon, Chris Wickham, Alain Guerreau, Julio Valdeón Baroque y José M.<sup>a</sup> Monsalvo Antón.

4. Philippe Ariès y Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada. 2: De la Europa feudal al Renacimiento*, Madrid, Taurus, 1988 (la edición original francesa, en Seuil, es de 1985).

5. Jacques Le Goff y Jean-Claude Schmitt (eds.), *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003 (la edición original francesa, en Fayard, es de 1999).

6. *La Société dans le comté de Vendôme, de l'an mil au XIV<sup>e</sup> siècle*, París, Fayard, 1993.

7. Las mismas ideas se encuentran también en su ya citada «¿Revolución o mutación feudal? Una crítica», y de manera muy resumida en esta afirmación: «Sólo la necesidad de justificación histórica que sufrió “el Estado moderno”, tras el cardenal Richelieu, ha conducido a negar todo espíritu público anterior, a no ver en el año mil más que el juego de intereses privados y de una violencia desenfadada».

De manera más articulada, Dominique Barthélemy expuso estas ideas en el prólogo al libro que, en cierto modo, esboza al que ahora me cabe el honor de presentar, *La mutation de l'an mil a-t-elle eu lieu? Servage et chevalerie dans la France des X<sup>e</sup> et XI<sup>e</sup> siècles* (París, Fayard, 1997). No es un libro, por así decir, original, sino compuesto por ocho trabajos publicados en diferentes lugares entre 1992 y 1998, que abordan tres temas sustancialmente unidos a la «mutación» del año mil: la servidumbre, la caballería y la paz de Dios. En todos ellos, como reconoce en el mencionado prólogo, Barthélemy quiere deconstruir el esquema caricaturesco que de la sociedad feudal hilvanó el siglo XIX. También seguir el esfuerzo que Marc Bloch y Georges Duby realizaron para superar los viejos esquematismos, con sus poderosas sugerencias sobre la servidumbre y la caballería, a partir, eso sí, de una postura crítica:

    Mi intención —escribe aquí— es proseguir su esfuerzo. Pero no se prosigue sin rectificar un poco la trayectoria, y sin ser llevado a percibir ciertos bloqueos, en consecuencia, a superarlos.

O, como de manera más precisa reafirma en la conclusión del capítulo dedicado a la paz de Dios:

    Mi tarea no tiene nada que ver con las deconstrucciones que se han multiplicado desde hace algunos años, y que a menudo lo revuelven todo. Se trata, por el contrario, de recuperar las grandes indicaciones históricas y metodológicas y de retomar un nuevo impulso a partir de ellos.

Este compromiso intelectual lo expresó en España, mediante la lengua española, acudiendo a las palabras de Claudio Sánchez Albornoz:

    No he buscado la polémica por el placer de anular teorías ajenas sino convicto de ajenos errores (...) de muy queridos maestros, amigos y discípulos, cuya labor científica admiraba<sup>8</sup>.

8. Estas palabras proceden del prólogo de Claudio Sánchez Albornoz a su *Viejos y nuevos estudios sobre las instituciones medievales españolas*, I, Madrid, Espasa Calpe, 1976 (Cfr. Dominique Barthélemy, «Nouvelle contribution au débat sur l'an mil en France», en *Les origines de la féodalité. Hommage à Claudio Sánchez Albornoz*, Actes du colloque international tenu à la Maison des Pays Ibériques les 22 et 23 octobre 1993, réunies et présentées par Joseph Pérez y Santiago Aguadé Nieto, Madrid, Casa de Velázquez y Universidad de Alcalá, 2000).

Necesidad de desmitificar el pasado en sí y la forma en que lo presentan las escuelas históricas; conciencia de que el conocimiento histórico no progresa de manera irresistible; audacia imaginativa, severidad crítica. Así resumiría yo la actitud de Dominique Barthélemy, según él mismo la expresa en *La mutation de l'an mil...*, donde ya anuncia esta voluminosa y —¿por qué no?— monumental obra que el lector hispanohablante ahora puede disfrutar gracias a la excelente traducción que de ella han realizado Beatriz y María J. Molina Rueda<sup>9</sup>. El título de la edición española mantiene el reclamo esencial, *El año mil y la paz de Dios*, pero ha sustituido el secundario (*La France chrétienne et féodale, 980-1060*), de acuerdo con el autor, por otro más general: *La Iglesia y la sociedad feudal, 980-1060*. Con ello creo que se evoca también otra de las intenciones desmitificadoras de este hermoso libro: que la Edad Media está hecha para resaltar sin cesar a la Iglesia, en especial cuando la barbarie se aumenta para acentuar el papel tutelar y salvador de la misma.

No hubo una paz de Dios, sino varias paces de Dios. No hubo nada semejante a un gran movimiento —como quería Achille Luchaire— que persiguiera el renacimiento de la idea de paz en medio del caos, ni el despertar del tercer estado (gracias a la supuesta alianza entre el campesinado y la Iglesia), ni el canto de cisne de la sociedad alodial. En fin, que «la Iglesia no se puso de repente a contradecir todos los principios del orden señorial». Con estas palabras y estas ideas se cierra el capítulo tercero y, como reconoce nuestro autor, el libro podría quedar concluido. Pero, a partir del siguiente, inicia una segunda parte que trata de caminar, siguiendo un criterio cronológico, por las provincias feudales para seguir los *dossiers* de la paz de Dios (Aquitania, Borgoña, Lorena, *Francie*) y llegar al momento de la tregua de Dios. Al final queda una conclusión que a mí me parece fundamental: la paz de Dios, o acaso mejor la paz de los obispos, tuvo como primer objetivo la defensa de los bienes de la Iglesia, la preservación de los señoríos eclesiásticos. La paz de Dios no fue subversiva, primero porque hundía sus raíces en una tradición carolingia y, después, porque

9. No puedo dejar de agradecer la inestimable ayuda de la profesora Adeline Rucquoi, quien, de manera muy generosa, se ha mostrado en todo momento dispuesta a precisar la traducción de aquellas palabras que planteaban alguna duda y también a ajustar la cita de los pasajes de obras francesas a las traducciones españolas que de ellas existen.

colaboró, a través de la ideología, a justificar el poder de los señores. La paz de Dios no fue la antítesis de la «sociedad feudal» caricaturizada —hecha de lazos verticales, de hombre a hombre, y tejidos sólo por la guerra, profanos e individualistas—, esto es, articulada por lazos horizontales, cristianos y en pos de la paz, e imbuida de espíritu colectivo. La paz de Dios, como quiere el modelo de la «revolución feudal», no fue ni testimonio de las violencias ni una reacción a las mismas, ni tampoco se desarrolló en una época de crisis social y crisis escatológica. Dominique Barthélemy, muy atento a las aportaciones que la historia puede recibir de la antropología, se desmarca, pues, de la interpretación populista y antifeudal de la paz de Dios, y subraya que las relaciones feudo-vasalláticas servían para hacer tanto la paz como la guerra y pudieron ayudar al funcionamiento de la justicia, lo que también significa que la caballería del siglo XI sabía hacer la paz sin ayuda de la Iglesia, de modo que la alternativa no era la paz de Dios o el caos, ni tampoco entre ella y la opresión.

Este replanteamiento ha sido muy estimulante. Calificando este libro de «hermosa síntesis», Jean Flori, por ejemplo, lo ha reconocido a propósito de la relación entre la paz de Dios y la cruzada. La cruzada no procede de la paz de Dios porque la Iglesia, en su afán por erradicar la violencia caballeresca hubiese acabado por cristianizar la caballería al ofrecerle, en el exterior, el combate contra los enemigos de la cristiandad. La relación es otra:

«Mediante la paz de Dios, la Iglesia no trató de prohibir la guerra y de promover la paz: “moralizó” la paz y la guerra en función de sus objetivos y de sus intereses; fue precisamente por eso —concluye Flori— por lo que la paz de Dios constituyó una etapa preparatoria importante de la idea de cruzada»<sup>10</sup>.

*La paz de Dios y el año mil*, en definitiva, es un gran libro. El más importante de su autor, como él mismo reconoce en la dedicatoria a su mujer. Y merecedor, además, de haber sido en su día seleccionado para el prestigioso Premio Augustin Thierry que, en Francia, recompensa al autor de una obra de historia que haya contribuido de manera notable

10. Jean Flori, *La guerra santa. La formación de la idea de cruzada en el Occidente cristiano*, Madrid, Trotta-Editorial Universidad de Granada, pág. 98.

al progreso de la investigación histórica o a su difusión<sup>11</sup>. Sus virtudes se engrandecen por los numerosísimos textos que ilustran la argumentación y prueban el dominio de las fuentes que tiene Dominique Barthélemy. Dominio, pero también prevención ante las mismas: en la mejor tradición del oficio de historiador que, un libro clásico de la historiografía reciente, definiera Mar Bloch, Barthélemy es muy consciente de que «de las fuentes no se saca toda la historia», de que no basta con buscarlas sino que también es indispensable elaborar las preguntas que se le van a hacer y razonar sobre su sentido y sobre las respuestas que se obtengan. Él sabe hacerlo —con un estilo no exento de ironía que hace más evidente si cabe su viva inteligencia— porque, ante todo, las estudia a partir de ciertas posiciones iniciales y con una clara intención desmitificadora. Y esta virtud no se percibe sólo en la desmitificación de la concepción jacobina de la historia. También desmitifica la Iglesia de la Edad Media en la medida que reduce las consecuencias de su discurso social a la mera defensa de sus intereses materiales. Esto, desde luego, no significa negar el cambio social ni mucho menos permite situar a Dominique Barthélemy, como él mismo ha expresado en otro lugar para defenderse de sus «adversarios», por un sostenedor del inmovilismo. Su ambición, que muchos historiadores podemos suscribir, es otra: unir a historiadores marxistas y no marxistas para, como herederos dignos de Claudio Sánchez Albornoz y Marc Bloch, construir «un pensamiento histórico sólido en la Europa de mañana y, con él, a través de él, el espíritu crítico y la lucidez social»<sup>12</sup>.

*Rafael G. Peinado Santaella*

11. En 2004, Dominique Barthélemy ha sido también seleccionado para el mismo premio por su libro *Chevaliers et miracles. La violence et le sacré dans la société féodale*, París, Armand Colin, 2004, cuya traducción española se encuentra en proceso de edición por el Servei de Publicacions de la Universitat de València y la Editorial Universidad de Granada.

12. Dominique Barthélemy, «¿Revolución o mutación feudal?...», art. cit., pág. 128.